



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13969

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 20 DE JUNIO DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondencia en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

DICTADURAS ECONÓMICAS

Con motivo de haberse tratado estos días en el Parlamento la cuestión de la intervención de la Hacienda en los ministerios, se ha puesto de nuevo sobre el tapete la conveniencia ó perturbación de la dictadura económica.

Es indudable que el orden administrativo y económico es la base de una buena política, pero de eso á la dictadura administrativa ejercida en nombre de una acción fiscalizadora media un abismo.

Es peligrosa esa intervención por lo que tiene de dictadura, y porque implica una desconfianza injustificada y un despotismo desconsiderado sobre la libre acción y desenvolvimiento de las facultades legales y reglamentarias en la gestión de los negocios públicos, peculiar á cada organismo ó especialidad en la administración general del Estado.

Las dictaduras económicas siempre han sido nefastas, y lejos de producir bienes, son fecundo semillero de conflictos, y es imposible que potestades, por decirlo así, diferentes, se puedan amoldar á sus mutuas exigencias.

Toda intervención lleva en sí algo de imposición. En lo político, como en lo administrativo, toda intervención resulta molesta, no porque haya interés en ocultar deficiencias, sino porque no se pueden combinar facultades y aptitudes diversas.

De todos modos, dentro de las leyes generales de contabilidad, de administración, y la serie inmensa de reglamentos para el procedimiento económico, no hay justificación posible para el mantenimiento de esas intervenciones de Hacienda que nada absolutamente resuelven en el problema final de la garantía de los intereses públicos, que sin necesidad de eso están siempre al amparo de toda sorpresa por la responsabilidad ministerial.

Mírese por el lado que se quiera, constituyen una invasión de atribuciones, y como se está viendo todos los días, son un semillero de conflictos, disgustos y competencias que perturban la buena marcha de los asuntos y dan lugar á desconsideraciones y malos ejemplos dentro de la disciplina general en todos los ramos de la administración pública.

PLAGIOS LITERARIOS

SANGRE Y ARENA

Confieso ingenuamente que he sufrido una horrible decepción.

Como la mayoría de los españoles, encontrábame yo satisfecho de la obra titulada «Sangre y Arena» debida á la inspirada pluma del señor Blasco Ibáñez, autor de «La Barraca».

«Sangre y Arena» que ha alcanzado un éxito extraordinario, me entusiasmó desde el primer momento que comencé á ojearla, y más creció mi entusiasmo al saber que Morote, que es un crítico de libros, aseguraba que la citada obra de don Vicente debía ocupar un distinguido lugar.

La verdad es, que en «Sangre y Arena», aunque con alguna exageración, pinta el gran novelista las costumbres sevillanas con mano maestra.

Allí nos habla de los lauces del toro, de los tentaderos, de las capeas, del entusiasmo de las hijas de Sevilla en las corridas de toros, de los cortijos, de las escenas que á cada instan-

te se suceden á la renombrada calle de las Sierpes, y entra con una riqueza de detalles en la psicología del hombre que constantemente juega su existencia ante los astados, y el lector ante tal plétora de datos y ante tan inspirada prosa, no puede por menos que rendir tributo de admiración á tan notable escritor.

Pero cuando más satisfecho estaba de «Sangre y Arena» la casualidad ha hecho llegar á mis manos, un folleto escrito por el doctor Pardales, en el que declara que la última producción del gran novelista Blasco Ibáñez es un plagio de las novelas «Niño bonito» y «El Espada», que hace tres años publicó el exsenador y exalcalde de Sevilla don Manuel Hctor y Abreu.

Jamás hubiese supuesto que el notable novelista Blasco Ibáñez se hubiese engalanado con plumas ajenas, y que los bellos conceptos que emite en «Sangre y Arena» fuesen copiados de las citadas producciones del señor Hctor, pero como ante la realidad no hay más solución que el convencimiento he quedado completamente convencido al leer el folleto del doctor Pardales, que el señor Blasco Ibáñez, á quien el mundo de la Fama no le niega ingenio, por esta vez ha hecho un plagio que le convierte en reo contumaz de esta clase de delitos.

En la «carta-prólogo, en «Válame Dios» en Consideraciones generales, y en un «cuadro de coincidencias» del folleto del doctor Pardales queda el autor de «Sangre y Arena» á tan mal altura que todos los laureles que con su última producción ha alcanzado Blasco Ibáñez, han de trocarse en punzantes espinas.

Quedamos pues, que «Sangre y Arena» es, según el doctor Pardales una copia si no exacta al menos muy semejante á «El Espada» de Hctor Andreu.

¿Qué dirá á todo esto el gran novelista y el crítico señor Morote?

J. MATEO.

Para EL ECO DE CARTAGENA

Granada en fiestas

Como su luz nacarada en la retina, como el aroma penetrante de sus huertos y cármenes en una aspiración de continuo excitada, la inenarrable visión de la ciudad morisca resurge estos días en nuestra alma.

A ella vuela el espíritu español al conjuro de su nombre: De sus antiguas fiestas apenas se conserva entre los regocijos contemporáneos más que la procesión solemne; sin los cántos, sin los bailes peregrinos delante de la Custodia, pero sí con sus calles entoldadas, con los balcones llenos de rosas humanas, con su ambiente perfumado, con el pavimento alfombrado de junco y hierbas olorosas...

No es esta la época en que se vé el corazón de Granada y se posee el secreto de sus encantos y amores. Pero son estas las horas de su alegría, de su bullir sin descanso, del lucimiento de sus bellezas espléndidas.

Los franchutes y los aldeanos de la Vega se disputan la acera de sombra en la vía para ver el paso de la «Tarasca».

En Puerta Real y calles de Reyes Católicos y Mesones, hay las tardes de toros más animación y color que en la plaza, la Gran Vía se abre sonriosa al paso de carruajes que desfilan al atardecer camino del Salón y la Bomba; en Bibarrambía y en el Albaicín parpadean en hilera enarcadas policromas farolillos á la veneciana, y en las reoachas y cenadores de los cármenes misteriosos despiertan los sil-

fos adormidos en los rosales y tejen guinaldas inmarcesibles los amorcillos al pie del torreón moruno ó frente de la vetusta muralla que como cingulo encierra en la paz monacal las violetas de «Darta-Horra».

Noches de luna del Albaicín, ¡quién, habiéndolos gozado, no os recuerda con delectación!

Las corridas de toros, las fiestas ecuestres, los juegos florales, los conciertos de la Alhambra... Este es allí todo un programa de festejos. Dan los toros la nota de regocijo popular; encuentra la aristocracia tardes luminosas y divertidas en los hermosos Llanos de Armitia; son sus Certámenes ostentación y homenaje de su cultura y evocación de los días de oro de su famoso Liceo; y rememoran sus fantásticos conciertos musicales en las ruinas del palacio de Carlos V las lamentaciones del pueblo vencido y expulso, las justas y torneos rendidos á la belleza de una dama y los esplendores de un pasado glorioso, que hubo ya de secarse como flor entre las hojas marfileñas de un cronicón.

Las armonías de la orquesta, junto al alcázar árabe, parecen remedar en la alta noche el cantar suave y ligado de los ruiseñores en los bosques de la Alhambra. Entre los árboles gigantes de aquellas sendas empinadas, resplandece la luz eléctrica con resplandores multicolores. Díjérase que arden los bosques y que el viento abate la llamarada, extendiéndola á rus de tierra.

Por los colores vivos de las luces digérase que aborrajeras, zegrías, gazzules y gomeles, dejáronse atrás prendidos en el ramaje sus turbantes vaporosos.

Cuando el hervor de las fiestas se apaga, se nos entra por el alma como una caricia la melancolía dulce que flota en aquel ambiente, la melancolía de otoño, que es el aroma que transpira de la ciudad de Alhambra y de Boabdil.

RODOLFO GIL

TEATRO PRINCIPAL

De gracia haciendo derroche, un éxito personal, en el Teatro Principal obtuvo Ibáñez anoche. Su salero es superior, mucha su cómica vis, y no

es un grano de anís el talento de este actor. A Puchades, el maestro, los láuros llegan también, pues Puchades entre cien, resulta ser maestro diestro. Aplausos por varios modos remito á la compañía... conste que son á por-fía y que los dirijo á todos.

PARA LAS DAMAS

La ropa interior

Se sabe que París tiene fuertes rivales en el reino de la moda. Los sastres de Londres y las modistas de Viena, se consideran tan buenos como los franceses, pero hay que concederle á París la superioridad que tiene en la ropa blanca. No hay en el mundo entero donde se encuentre tal perfección en hechura, en costura, en el arreglo de los bordados y de los encajes y variedad tan inmensa de modelos como allí.

Solamente la mujer poco entendida, en lo que constituye el verdadero «chic», se conforma en tener «lingerie» bonita, es decir, muy adornada aunque no sea hecha de tela ni encajes finos ni tampoco cosida á mano.

Este es el siglo de la perfección en la ropa interior femenina, y es indudable que por más que una mujer lleve un vestido elegante, el sombrero y los otros detalles que se ven á la moda, sino se le importa la clase de «lingerie» que usa, ésta se trasluce y la mujer pierde mucho de la elegancia que ambiciona.

En estos momentos es de suma importancia que la ropa interior quede bien entallada. En general los vestidos están ceñidos á la cintura y sobre las caderas, pues hasta los trajes de estilo imperio marcan las líneas del cuerpo, y por lo tanto, no se puede permitir arrugas ni bultos de ninguna clase en la ropa blanca.

Especialmente ha de estar bien entallada y lisa sobre las caderas, y hay que fijarse que el cubrecorsé tenga buen corte; ha de quedar bien entallado como el corpiño del vestido, y si no es así, el vestido sufre las consecuencias.

La bata de dormir luce bonita, ó no, según sea su corte y sus adornos.

Las mujeres delgadas se imaginan que para ellas no tiene importancia todo lo que acabo de decir, que sólo las gorditas se tienen que preocupar, pero en esto están bien equivocadas. La mujer delgada necesita más que nadie que se le marque bien la curva de la cintura, y por lo tanto, si tiene ropa mal hecha, esta lucirá más grande, y más pequeñas las caderas y el busto.

La locura por la costura hecha á mano, no ha pasado por alto en la ropa interior.

La dama elegante de 1908 exige que todo lo que usa sea hecho á mano. Su «lingerie», sus vestidos, sus medias, sus zapatos, sus prendas y hasta los mangos de sus sombrillas y paraguas, como también sus bolsitas y otros accesorios de la «toilette» elegante.

Todas estas cosas se pueden admitir hechas en máquina, menos la ropa interior.

Mejor es tener esta ropa muy sencilla, pero hecha de telas finas y cosidas á mano que la muy adornada hecha en máquina y de materiales inferiores.

Esta es una costura que puede intentar la «amateur» pues es definitivamente más fácil hacer «lingerie» con buenos resultados, que vestidos ó blusas. También es cierto que es una costura interesante que se presta á demostrar el buen gusto, y con paciencia se obtienen efectos espléndidos sin mucho costo.

El encaje angosto se presta tanto como el ancho, para formar preciosos adornos y es mucho más barato. El bordado á mano no cuesta el dinero, sino tiempo y paciencia.

La mayor parte de las jovencitas de estos días, se hacen ellas mismas su «lingerie», esto se considera de moda, y por lo tanto, todo el mundo se puede permitir el lujo de usar ropa fina y bien hecha.

El bordado inglés ha estado de moda durante los últimos dos años, pero nunca ha podido suprir el bordado francés, que siendo menos fuerte, se presta mejor para las telas finas, y cada día está más popular.

Se prefiere poco y bueno, tanto en bordado como en encaje, este último adorno ha de ser fino, como es natural no se puede usar en tanta profusión.

Los mejores encajes para adornar

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 164

EL ALIMENTO DE LOS DIOS 161

Era evidente que, mucho antes de estallar la revolución heraclobiana, Winkles había sentido ya un grandísimo interés por los polvos que Recy od la tierra, y cuando las fenomenales avispas empezaron á llamar la atención y á producir el terror público, el joven doctor comprendió la realidad, pues era hombre cuyos méritos y brillante porvenir se reflejaba en su aspecto, en sus costumbres y en la moral de sus actos. Winkles era alto, rubio y de ojos claros y penetrantes; tenía las facciones regulares y musculosas, llevaba la cara afeitada, andaba derecho como un hueso, y evidenciaba en sus actos una energía nada vulgar. Usaba larga levita, corbata negra y gruesa cadena de oro, las cuales, con el sombrero de seda, le daban aspecto de verdadero sabio, de sabio más profundo que los demás sabios de la humanidad. Después del formidable estallido que produjo el alimento de los dioses, tomó Winkles tal aire protector para con Benington y Redwood, que hasta el insigne inventor de la heraclobia creyó que el verdadero autor de la revolución científica había sido Winkles.

Cuando Benington indicó algo acerca de los peligros del descubrimiento, Winkles dijo:

—Estas cosas no son más que meros accidentes... El descubrimiento lo es todo: convenientemente desarrollado, bien manejado y vigilado, el

lo pensar que lleguen á crecer hasta tener cuarenta pies de estatura! ¿Cree usted que debamos seguir adelante?

—Sí, adelante, hasta el fin — gritó Cosar como no lo había hecho nunca. — ¡Pues qué! ¡Aquí hemos venido al mundo para ser olganzas! ¡Adelante! Los resultados son serios, enormes é indiscutibles. ¡Queror destruir el gran éxito de la vida de usted! ¡Eso sería perverso, sería infame! Benington seguía trabajando en el laboratorio menos por propia voluntad que por excitación ajena. Era de carácter pacífico. Verdad que se trataba de un descubrimiento maravilloso, pero...

Benington había adquirido varias pequeñas porciones cerca de Hicleybrow a razón de noventa libras esterlinas la hectárea, y esta era la única ventaja seria que había deducido de sus especulaciones químicas: por lo demás se había hecho famoso, muy famoso, y el sabio significa algo que está muy por encima de muchas satisfacciones.

La costumbre de la investigación había arraigado en él con fuerza, y eran muy raros los instantes en que otra cosa que dicha costumbre lo impulsara al trabajo. Aquel hombre, de corta estatura, con sus gafas montadas en oro y sus rotos zapatos de pieño, sentado en un sillón y colocando las pesas con lentitud en los platillos de una ba-